

RICARDO DONOSO

EL INSTITUTO PEDAGÓGICO.
TRES GENERACIONES DE
MAESTROS ¹

AGRADEZCO con viva emoción la alta distinción con que me han honrado mis colegas de la Facultad y de labor, con quienes siempre he estado unido por la vocación profesional y la devoción a las tareas intelectuales.

Habiendo excedido con creces el límite señalado por Benvenuto Cellini para evocar el pasado personal y la tarea realizada, permitidme decir algunas palabras para recordar el medio en que se formó nuestra personalidad, la influencia que en ella ejercieron los maestros de nuestra lejana adolescencia, y la forma en que gravitó, en el ambiente social y político, la vigorosa acción de los catedráticos egresados del primer curso del Instituto Pedagógico. Espero de vuestra benevolencia excuséis las referencias autobiográficas, pero habiéndole tocado en suerte al que habla vivir bajo la influencia de aquéllos, primero bajo los aleros del liceo, y en seguida en la cátedra universitaria, creo estar en situación de hacer una apreciación de la labor llenada por nuestra casa de estudios, a lo largo de más de medio siglo, y destacar la profunda gravitación que ha ejercido en la renovación de la vida social y política del país, a través de la acción de tres generaciones de eminentes maestros.

Más que una evocación autobiográfica, podría decir que mi propósito aspira a componer una página de la historia de nuestra enseñanza pública.

Al ingresar al Liceo de Talca al primer año de humanidades, después de haber hecho mis estudios primarios en escuelas privadas, el establecimiento ofrecía todas las características del liceo tradicional en

¹Discurso pronunciado con motivo de la incorporación como Miembro Académico de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile.

que las cátedras eran ejercidas por aficionados y algunos profesionales distinguidos de la localidad. Tres médicos connotados eran profesores, la cátedra de inglés la regentaba un caballero inglés que había llegado al pueblo contratado por una empresa industrial y hasta la clase de dibujo era profesada por un médico, cuya imperturbable seriedad provocaba nuestra hilaridad. El rector lo era don Gonzalo Cruz, autor de un conocido texto de geografía y que durante muchos años había ejercido el profesorado en el Instituto Nacional.

El colegio funcionaba en una antigua casa, con todo el sabor de una rancia construcción colonial, con dos amplios patios rodeados de corredores. En la vida del colegio gravitaba hondamente el internado, al que se habían incorporado jóvenes procedentes de toda la provincia, y en el que la disciplina experimentaba serios quebrantos.

El rector estaba ya muy anciano y no tuvo el tino, ni las energías necesarias para reprimir las manifestaciones de rebeldía de la muchachada, de lo que derivó una clamorosa sublevación del estudiantado, que hubo necesidad de reprimir con la fuerza pública. Este fue el origen de la reorganización del establecimiento, del alejamiento de don Gonzalo Cruz y del nombramiento del nuevo rector, don Enrique Molina, que había ejercido el profesorado en Chillán y Concepción, el cual solicitó la cooperación en el cargo de vicerrector de don Alejandro Venegas, profesor de francés y castellano que lo había sido en los liceos de Chillán y Valdivia.

El que habla tuvo la fortuna de ser discípulo de esos dos eminentes maestros. Molina y Venegas habían pertenecido al primer curso del Instituto Pedagógico, que al abrir sus puertas en agosto de 1889 y lanzarlos a la acción docente tres años más tarde, ejercieron, no sólo una profunda influencia en la renovación de los métodos pedagógicos, sino que llenaron una labor renovadora en la vida intelectual, moral y cívica de la nación.

Formaron parte de ese primer curso los señores Enrique Molina, Julio Montebruno, Maximiliano Salas Marchant, Fidel y José Pinochet, Enrique Sepúlveda Campos, Antonio Bórquez Solar, Enrique Oyarzún, Leonidas Banderas, Darío Cavada, Agustín Gómez García, Salustio Calderón, Abraham Valenzuela, Luis Trujillo, Francisco Vivar, José Melo Burgos, Luis Torres Pinto, Gregorio Bravo, Luis Brañes y Aurelio Letelier, que dejaron acentuada huella en la vida intelectual y pedagógica de la nación.

A ese grupo de maestros correspondió implantar el nuevo plan de estudios, llamado concéntrico, sancionado por un decreto de 5 de abril de 1893, y que desde el primer momento no dejó de encontrar las más

porfiadas resistencias de los elementos retrógrados, atrincherados en los colegios privados, pero que defendió con su alta autoridad el rector de la Universidad, don Diego Barros Arana, y el catedrático de la Facultad y director del Pedagógico, don Domingo Amunátegui Solar. Con tenacidad y perseverancia ambos explicaron al profesorado los escollos prácticos de la reforma, pero los colegios privados siguieron aferrados al antiguo sistema hasta bien entrado el presente siglo.

“La reforma iniciada es sólo de métodos, decía el señor Barros Arana. Se trata de substituir la enseñanza de ramos aislados, independientes unos de otros, por la simultánea de todos los ramos a la vez, empezando por las nociones más rudimentarias de cada una de ellas, que se irán ensanchando gradualmente de año en año, en proporción del desarrollo intelectual de los alumnos. Se quiere que éstos, mediante una enseñanza más variada y en cuanto es posible más práctica, más objetiva y más amena, y mediante también la continuada repetición de las lecciones, adquieran más sólidamente y conserven mejor los conocimientos que con el antiguo sistema los estudiantes solían y podían olvidar, más o menos generalmente, después de cada examen”.

Desde su llegada, Molina y Venegas se entregaron, con energía y abnegación, a la ingrata tarea de la reorganización del establecimiento y a restablecer la disciplina. El profesorado fue renovado totalmente, con profesores egresados del Instituto Pedagógico y con eminentes personalidades. Ambos se hicieron cargo de las clases de historia, geografía y castellano: las de ciencias biológicas, química e higiene fueron confiadas a un profesor que recuerdo con singular cariño, que siempre evocaba con nostalgia su solar isleño, don Agustín García Bahamonde; las de idioma a don Jorge Le Bert, don Darío Castro Valenzuela y don Alberto Hoerll; las de los ramos técnicos a don Francisco Luis Méndez y don Fortunato Rojas, y las de francés a un inolvidable maestro, muerto prematuramente, don Luis Caviedes, y en seguida a don Ignacio Herrera Sotomayor, que había tenido la fortuna de estudiar en la Universidad de Montpellier y recoger las sabias enseñanzas del eminente hispanista M. Ernesto Merimée.

Todos ellos fueron, no sólo nuestros sabios maestros, sino que los admirables guías que despertaron nuestra vocación intelectual y echaron las arraigadas cimientos de nuestra formación moral. Don Enrique Molina despertó en la muchachada, desde la primera hora, no sólo la admiración más profunda, sino que el respeto y la adhesión de los jóvenes. Daba a sus clases cierta premeditada teatralidad, que impresionaba hondamente la imaginación juvenil; provocaba con sus extensas lecturas la curiosidad intelectual y proyectaba sus enseñanzas hasta

los tiempos que vivíamos, sembrando en nuestras almas una profunda inquietud.

Don Alejandro Venegas nos impresionó desde la primera hora por su espíritu crítico, su coraje cívico y la profundidad de sus conocimientos. Cuando hablaba de los escritores de su predilección, a quienes profesaba una admiración sin límites, un Benito Jerónimo Feijóo, o un Manuel José Quintana, su palabra adquiría un tono profético, profundamente impresionante. Era inclinado a la crítica social, y no era desconocida su profesión de fe, que había estampado en las páginas de su folleto *La procesión de Corpus*, donde invocando a Jesús, decía: "Hazme justo, Señor, hazme sincero, dame el valor necesario para decir siempre la verdad, para hacer lo bueno, para defender al oprimido y para impugnar a los opresores. Comunícame, Señor, tu benevolencia para con todos, tu acendrado amor a los débiles, a los pobres, a los desgraciados. Fortaléceme para ahogar en mi pecho el egoísmo; aleja de mí el rencor, ennoblece mi alma para que pueda olvidar las ingratitudes y perdonar las ofensas. Abre, Señor, mi corazón a la belleza".

Ese lenguaje apostólico, esa fe en las cualidades morales, esa cultura enciclopédica, dieron amplia resonancia a sus lecciones y le concitaron desde la primera hora adversarios apasionados. Venegas no se limitaba a sus clases: reunía a los muchachos en excursiones provechosas a los sitios de interés en los alrededores, permitía a los internos acudir al teatro cuando existía algún espectáculo digno de verse, y organizó unas charlas literarias, que se verificaban todos los sábados, y en las que hicimos, junto con otros compañeros, nuestras primeras armas literarias.

Por esos días visitaron nuestro país dos eminentes personalidades que con sus conferencias removieron profundamente el ambiente intelectual. Fue la primera la de la conferencista doña Belén de Zárraga, que recorría la América en una clamorosa jornada de propaganda contra la Iglesia; y la segunda, la del novelista don Vicente Blasco Ibáñez, que por entonces era sólo conocido por sus novelas en que describía su tierra valenciana y caracterizaba los rasgos que pesaban como una losa de plomo sobre la sociedad española. Blasco Ibáñez no había adquirido aún la notoriedad que conquistó algunos años más tarde con sus novelas sobre la Primera Guerra Mundial, particularmente *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, pero su ardorosa palabra, encendida de fe republicana, provocaba en nuestras almas juveniles ardorosos entusiasmos de acción en favor de ideales de renovación social y política.

La labor intelectual del Liceo, rebasando el ámbito de sus aleros, conmovió profundamente el ambiente social de sus días. "Aquí empezaron amargas horas de prueba que, aunque después con menos sinsabores duraron años, ha escrito en una página emocionante don Enrique Molina. La tarea reorganizadora había venido a atacar intereses creados y preocupaciones tradicionales de la política local, que hallaba muy de su agrado la anterior situación del Liceo, y empezó a haber mucha mar de fondo en contra nuestra".

De los dos periódicos de la localidad, uno, *La Actualidad*, sostuvo con valor, desafiando las iras colectivas, la orientación dada a los estudios por el nuevo grupo de catedráticos; pero el órgano conservador, que por una sangrienta ironía se intitulaba *La Libertad*, disparaba día a día su artillería gruesa contra el rector, el vicerrector y todo el profesorado, sosteniendo que sus enseñanzas estaban pervirtiendo el alma de la juventud. La tradicional hostilidad de los elementos reaccionarios contra la enseñanza pública encontró en las páginas de ese diario la airada expresión de su antigua ideología.

Acusados de profesar y difundir el darwinismo, el vicerrector Venegas y los más importantes catedráticos cayeron bajo el anatema de la gente de Iglesia y una sombría atmósfera de hostilidad surgió contra el Liceo. La muchachada rodeó con su respeto y su afecto a los hombres que con sostenido coraje cívico desafiaron la borrasca y no permaneció indiferente, de lo que hay elocuente testimonio en la prensa local de la época. La publicación del primer libro de Venegas, *Cartas a don Pedro Montt*, sobre el cual se hizo la gran conspiración del silencio, y en el que se formulaba la crítica valiente de la funesta acción de la oligarquía terrateniente, desató en su contra una sorda agresividad que no perdía oportunidad para manifestarse.

Contribuyó a exaltar el ambiente la aparición de una novela, *El tapete verde*, en la que un escritor local que pronto adquiriría gran notoriedad, el Dr. Francisco Hederra, denunció con crudeza una de las lacras que corroían las entrañas de la sociedad talquina, el juego. Esa novela provocó un resonante escándalo, dio origen a publicaciones apasionadas, entre ellas una intitulada *Otro que talla*, cuya paternidad literaria no fue difícil determinar, y la polémica surgió vigorosa y animada. La prominente parte que tomó en ella don Alejandro Venegas, que utilizando la ironía y el sarcasmo, rebatió a cuantos habían salido a hacer la crítica del novelista, tiñó su personalidad intelectual de rasgos inconfundibles.

Don Alejandro Venegas mantenía en sus clases un discreto silencio sobre su actividad intelectual, pero no era ésta desconocida para sus

discípulos. La vigorosa influencia que ejerció en sus espíritus por su coraje cívico y su entereza moral, se acentuó al aparecer en 1910 ese vibrante y angustioso grito de alarma que fue su libro *Sinceridad*, dirigido a la juventud, en que se denunciaba la corrupción política, social y administrativa en que había caído el país, y que constituyó para su autor verdadera corona de martirio. Esa página, que conmovió intensamente a todos los corazones patriotas, describía con los más sombríos rasgos las penosas condiciones en que vivían las clases trabajadoras, especialmente en la pampa salitrera, y sus dramáticas e impresionantes descripciones no dejaron de influir en las iniciativas que tomaron los poderes públicos para remediarlas.

Todo cuanto se relacionaba con el desarrollo de la enseñanza pública había comenzado a despertar nuestro profundo interés, y en las charlas literarias organizadas por el profesor Venegas más de uno de los jóvenes que participábamos en ellas recogieron las críticas contra la orientación y la labor del Liceo que habían surgido en el ambiente académico, y que en el último año de nuestras humanidades alcanzaron amplia resonancia.

Esas críticas habían encontrado eco en la tribuna parlamentaria a través del diputado don Francisco Antonio Encina, quien, en un discurso pronunciado en el mes de agosto de 1911, atribuyó la decadencia moral del país a la orientación de la enseñanza pública, que abría a la juventud sólo los caminos de las profesiones liberales y de los empleados públicos. Esa tarea demoledora arreció al año siguiente con la publicación de su libro *Nuestra inferioridad económica*, en cuyas páginas se sostenía la necesidad de señalar a los liceos nuevos fines, más prácticos y utilitarios, por cuanto los jóvenes salían de las aulas de los colegios secundarios con gran vacío moral, sin voluntad y sin carácter. En opinión del señor Encina la enseñanza de nuestros liceos no despertaba vocación por el trabajo, ni hábitos de disciplina; dejaba un vacío moral y atrofiaba el desarrollo de la voluntad, prescindiendo de la formación del carácter y alejando los ideales que conducen a la actividad económica.

La publicación de ese libro fue el punto de partida de una polémica resonante que ocupa una hermosa página de la historia de nuestra enseñanza pública. El primero en salir en defensa de la cultura general fue don Enrique Molina, nuestro respetado maestro y rector del Liceo, que en tres conferencias que pronunció en esta casa, y que luego vieron la luz con el título de *La cultura y la educación general*, preconizó la necesidad de dar a la juventud una educación general completa, sobre cuyos cimientos cívicos y morales levantaría su carácter y acuñaría su personalidad.

En un esfuerzo por encontrar una solución de armonía, don Luis Galdames, en las páginas de su trabajo *Educación económica e intelectual*, sostuvo que ambas orientaciones no se hacían fuego, y que si se quisiera hacer predominar una educación puramente intelectual en el grado general de la instrucción, se señalaría un fin incompleto a la enseñanza pública.

Haciendo un balance de las conclusiones a que se había llegado en la polémica el señor Molina puntualizó, con perfecta claridad, que para una apreciación justiciera de lo que debía exigirse al Liceo, no podía omitirse la consideración de otros factores que gravitaban sobre la sociedad de la época, entre los que señaló la desorganización del Estado, el analfabetismo que prevalecía en las clases desvalidas, y la carencia de establecimientos de instrucción especial, técnica e industrial.

Y lleno de confianza en la profesión que había abrazado con todo el fervor de su alma de educador, decía: "Trabajemos con amor y fe de apóstoles en moldear noblemente el alma de los miles de jóvenes que van a buscar la luz moral e intelectual en las aulas del Liceo; trabajemos en esta empresa casi con ceguera y ternura de padre, que llena su espíritu con la personalidad de su hijo; pongamos en esta misión el apasionamiento de un artista que cincela su obra haciendo de ella su mundo que lo absorba".

Este enaltecedor ejemplo de consagración a la enseñanza y de lucha por la búsqueda de la verdad, en cuya raíz había un anhelo de encontrar las bases de una estructura social más justa de la que se extendía ante nuestros ojos, que veíamos vigorosamente representado en la personalidad de los profesores Molina y Venegas, despertó en muchos de nosotros, los jóvenes de mi generación, el propósito de consagrar nuestra actividad a la enseñanza.

Al ingresar más tarde al Instituto Pedagógico, figuraban aún entre sus catedráticos algunos de los ilustres sabios que habían contribuido a su establecimiento, los señores Hansen y Lenz, cuya reputación científica había rebasado las fronteras nacionales. Fueron mis admirados maestros de ramos generales don Darío Salas, y un dilecto amigo a quien ni el correr de los años ni los quebrantos de la salud han enfriado en su alma la vocación por la enseñanza y el estudio, don Pedro León Loyola; mientras en el Departamento de Historia y Geografía tuve la fortuna de oír las sabias lecciones de tres vigorosas personalidades intelectuales, que una vez egresado de las aulas me distinguieron con su amistad, los señores Montebruno, Fuenzalida Grandón y Puga.

A la fecha de mi ingreso a las aulas de la vieja casa de la calle Ricardo Cumming, don Alejandro Fuenzalida se hallaba en todo el vigor de su personalidad intelectual. Había nacido en Copiapó el 21 de diciembre de 1865 y después de hacer sus primeras armas literarias en el periodismo, en su tierra natal de Copiapó, se había graduado de abogado en 1889. Durante diez años formó parte de los cuadros administrativos del Ministerio de Instrucción Pública; pero su verdadera vocación fue la del profesorado, que inició en el Instituto Nacional en 1894, donde tuvo oportunidad de estrechar relaciones con el señor Barros Arana, por cuya personalidad intelectual y política sentía la admiración más profunda.

Como escritor el señor Fuenzalida Grandón había obtenido altas distinciones desde sus primeros trabajos, *Valor histórico de la novela social contemporánea* y *Lastarria y su tiempo*, a los que siguieron obras de gran envergadura, fruto de sus incesantes tareas de investigación, *Historia del desarrollo intelectual de Chile*, dado a los moldes en 1903, y la *Evolución social de Chile*, publicado tres años más tarde.

El señor Fuenzalida ejercía la cátedra de Historia Documental de América y de Chile, cuyo primer profesor había sido el eminente geógrafo señor Steffen, y por la que habían pasado don José Toribio Medina y don Luis Barros Borgoño. El señor Fuenzalida tenía una cultura literaria e histórica poco común, disfrutaba de una memoria prodigiosa, había viajado por Europa y América, y sus clases eran, si no un modelo de método pedagógico, de un carácter enciclopédico deslumbrador. Era sin duda el más aventajado discípulo del señor Barros Arana, con cuyas ideas y convicciones tenía la más estrecha afinidad, conocía como el que más los archivos nacionales y las riquezas de las colecciones de las Bibliotecas, la Nacional y la del Instituto, de modo que podía satisfacer con lujo de erudición de la mejor ley toda consulta que se le formulara en materia de trabajos de investigación histórica o literaria.

Conocedor profundo de la historia americana y chilena, con un fuerte sentido del humor, familiarizado con la personalidad de eminentes servidores públicos, entre los cuales figuraban en el primer plano sus comprovincianos don Manuel Antonio y don Guillermo Matta, y los señores Valentín Letelier, Barros Arana y Domingo Amunátegui, el señor Fuenzalida Grandón daba a sus clases una sostenida amenidad, teñida del más ardiente sentido nacionalista.

Don Julio Montebruno era otra cosa. Para él lo primordial eran las ideas generales, los conceptos filosóficos, los hechos fundamentales de la historia universal, relegando a un plano secundario los deta-

lles que nos decía encontraríamos en los libros. Tenía una predilección profunda por la historia del arte, especialmente por el del Renacimiento, que admiraba con todas las fuerzas de su alma latina, y cuando en sus clases trataba ese período de la historia, y describía sus viajes, con la mención de las grandes obras de la arquitectura y de los maestros de la pintura universal, sus palabras adquirían una verdadera entonación lírica.

Aun cuando es mi propósito aludir sólo a la personalidad y la obra de los maestros desaparecidos, constituiría una omisión inexcusable y una injusticia no referirme al que fue nuestro sabio maestro de geografía, don Luis Alberto Puga, que después de toda una vida consagrada a la enseñanza, nos estimula aun con la generosidad de su invariable amistad y las agudezas de su espíritu florentino.

Yo no podré olvidar jamás la inmensa deuda de gratitud, de admiración y de afecto que conservo por la personalidad de los eminentes maestros nombrados, no sólo por la simiente que sembraron en mi alma, sino por el destacado lugar que ocupan en nuestra vida intelectual.

Al incorporarme a las tareas de la enseñanza en el Instituto Nacional, regía sus destinos don Ulises Vergara, continuador de una tradición secular de seriedad en los estudios, de severo cumplimiento de las tareas docentes y de sabia ecuanimidad. Fueron mis colegas de asignatura, además del rector, los señores Fernández Godoy, Silva Campo, Troncoso y un amigo querido que aún se mantiene en la trinchera, don Washington Clavería; todos ellos egresados del Instituto Pedagógico y con largos servicios a la enseñanza pública. Muchos de mis colegas de esos años lejanos y felices han hecho ya el viaje que no tiene regreso, y otros se mantienen fieles a la tarea pedagógica. Todos nos sentíamos unidos por los vínculos de la más estrecha amistad, de la comunidad de ideas y de la alegría de la tarea común.

Sentíamos el peso de la tradición que gravitaba sobre el colegio, que había hecho de él el primer Instituto Docente del primer medio siglo de la República; nos parecía ver vagar por los corredores la sombra de un Montt, de un Antonio Varas, de un Lastarria, de un Amunátegui, de un Barros Arana, que habían dado al establecimiento un sello inconfundible y único. Esa tradición se mantenía viva entre cuantos habían pasado por sus aulas y ejercido sus cátedras, entre los cuales nos honraban con su amistad y nos deleitaban con sus recuerdos los señores Amunátegui Solar y Barros Borgoño.

Pero corrían tiempos borrascosos; a los sombríos nubarrones que

se cernían sobre la vida nacional, se agregaban los de la tempestad que ensombrecían el horizonte más allá de nuestras fronteras: los éxitos del fascismo, la guerra civil española y los primeros episodios de la Segunda Guerra Mundial. Nuestras conversaciones en la sala de profesores, a las que un espíritu maligno, recordando la preeminencia que había ejercido en ellas un connotado profesor, había calificado de cursos de repetición para retardados mentales, perdieron toda su serenidad y fue frecuente que se encendieran discusiones apasionadas y ardorosas.

Sin embargo, simples espectadores del tremendo drama que se desarrollaba ante nuestros ojos, llenábamos nuestras funciones docentes en un ambiente de normalidad irrefutable.

De los ilustres colegas que tuve al ingresar al personal docente del Instituto Pedagógico, hace seis lustros, han muerto los señores Brüngen, Berendique, Baeza, Flores, Froemel, Hernández, Lagos, Latorre, Mac Lean, Millet, Galdames, Gálvez, Ramírez, Rosales y Salas. Todos ellos consagraron su vida a la enseñanza. Pero entre ellos hay dos ilustres nombres, vinculados a la historia de nuestra casa docente y de nuestra enseñanza pública, con rasgos de acentuado relieve. Comprenderéis que aludo a los señores Darío Salas Díaz y Luis Galdames, maestros eminentes, luchadores infatigables y obreros laboriosos de la cultura ciudadana.

Cuantos críticos se habían alzado para señalar las lacras de nuestra organización educacional habían cuidado dejar en un segundo plano la penosa situación en que se hallaba la primera enseñanza. Desde las páginas de su libro *El problema nacional*, dado a luz en 1917, el señor Salas golpeó la conciencia pública haciendo una síntesis del cuadro que presentaba la primera enseñanza hasta entonces, y proponiendo las bases fundamentales para su reconstrucción, y desde su cargo de Director General de Primera Enseñanza no ahorró esfuerzos por mejorar su estructura. Desde él tuvo que luchar con resistencias vigorosas y apasionadas, pero su infatigable iniciativa logró hacer triunfar sus ideas, contenidas en la ley de instrucción primaria obligatoria, de 26 de agosto de 1920, sancionada y promulgada durante la administración del señor Sanfuentes. Tuvo el señor Salas la fortuna de contar con la cooperación de un hombre público eminente, que puso al servicio de esa iniciativa toda su perseverancia y aguda inteligencia, el señor don Manuel Rivas Vicuña.

Elegido para ejercer las funciones de Decano de la Facultad, la actividad del señor Salas se consagró por entero a la dirección de los estudios de nuestra casa y a su cátedra. Entre la legión de maestros

que se han dedicado a la formación de la juventud en nuestra patria, pocos lo han hecho con la abnegación, la seriedad y la alta probidad moral que caracterizaron la personalidad y la obra de don Darío Salas. Nada es más grato para mí, que tuve la fortuna de ser su discípulo y su amigo, y observar de cerca la intensidad de sus infatigables esfuerzos, que rendirle en esta oportunidad el homenaje de mi respeto, de mi admiración y de mi afecto.

A la misma generación del señor Salas perteneció don Luis Galdames, nacido en Melipilla el 8 de octubre de 1880 y que obtuvo el título de profesor de Historia y Geografía en diciembre de 1900, y el de abogado tres años más tarde. En 1905 ingresó a la enseñanza del Estado, y desde entonces recorrió con brillo, dedicación y capacidad sobresalientes, los más altos cargos de la enseñanza secundaria y superior: profesor del Instituto Superior de Comercio y del Liceo Miguel Luis Amunátegui, cuyo rector fue desde 1913; Director de Enseñanza Secundaria, profesor de la cátedra de Historia de Chile y decano de la Facultad.

Geógrafo, sociólogo e historiador, la obra intelectual del señor Galdames se destaca con vigorosos relieves. En su *Geografía Económica de Chile* y en su *Estudio de la Historia de Chile*, el laborioso maestro se reveló un investigador original, inclinado a señalar la influencia de los factores sociológicos en la estructura social y en el desarrollo de la vida política. En su caudalosa obra histórica, literaria y pedagógica figurarán siempre en un sitio de honor *La evolución constitucional de Chile* y su biografía de don Valentín Letelier. Se esforzó el laborioso maestro en sacar la historia nacional de los moldes tradicionales, rastreando con curiosidad insaciable los factores económicos, políticos y sociales que habían gravitado en la evolución de la nacionalidad.

Hombre de arraigadas convicciones liberales, concebía la tarea de la educación pública como la mejor herramienta para construir una democracia política. A través de la obra histórica y pedagógica del señor Galdames, vemos la expresión de la evolución intelectual y política de Chile durante un tercio de siglo. Con abnegación y consagración absoluta rindió su vida en el servicio de la patria, en aras de ideales superiores que orientaron su existencia.

Buen número de colegas de esos días permanecen aún en la brecha en la faena docente y sólo puedo dejar testimonio que me siento unido a ellos, no sólo por los vínculos de la solidaridad profesional, sino por los de la amistad y la cordialidad más estrechas.

Este cuadro de la acción que ha desarrollado el Instituto Pedagó-

gico adolecería de una grave omisión si no consignáramos algunas palabras sobre la labor de los Liceos de Niñas, desde los ya lejanos tiempos en que el Ministro don Miguel Luis Amunátegui abrió las puertas de los grados universitarios a la mujer. Relegadas al olvido las ideas que inspiraron consultar en los planes de estudio meros ramos de adorno, con el propósito de formar niñas de sociedad, el decreto de 12 de mayo de 1912 dispuso que los planes de estudios y programas de los colegios secundarios, masculinos y femeninos, fueran idénticos en todo. ¡Qué largo camino recorrido desde los días en que don Carlos Walker Martínez profería, en las páginas de su *Historia de la Administración Santa María*, las más horribles injurias sobre la enseñanza femenina!

Dependientes directamente del Ministerio de Instrucción Pública, no fue extraño que floreciera en ellos, durante muchos años, el favoritismo, hasta que un decreto ley de 1924 dio un primer paso poniéndolos bajo la tuición del Consejo de Instrucción Pública, y tres años más tarde quedaron en el mismo plano de igualdad jurídica, administrativa y pedagógica que los liceos de hombres.

¿Será necesario recordar que toda la estructura educacional se ha erigido venciendo las más grandes dificultades y con la hostilidad sistemática de un partido político que durante muchos años consignó entre los puntos fundamentales de su programa atacarla, calumniarla y poner toda clase de tropiezos a su desarrollo? ¿No están frescas en la mente de todos las afirmaciones recientes de un descalificado periodista que atribuía a la obra del Liceo todas las lacras que ensombrecían el ambiente moral de la nación, la pereza oficial, el profesionalismo político y el pesimismo dominante en todos los organismos educacionales?

Pero como un elocuente mentís a esas descontroladas apreciaciones, legiones de estudiantes, nacionales y extranjeros, han llevado la influencia de nuestras aulas, y dado relieve al nombre de la patria más allá de nuestras fronteras. En Centroamérica, en la región del Caribe, en Venezuela, en Panamá y Bolivia, profesores chilenos han llenado honrosas misiones educacionales, difundiendo nuestras ideas pedagógicas, organizando institutos docentes y haciendo efectiva la influencia de nuestra alta cultura intelectual. ¿Será necesario recordar los nombres de las eminentes personalidades formadas en el ambiente de nuestro Instituto Pedagógico y que alcanzaron en sus patrias los más altos cargos de la vida política, intelectual y docente? ¿Y cómo no recordar los nombres de los egresados de nuestra casa que han alcanzado altos honores en la vida académica extranjera, un Arturo

Torres Rioseco, un Salvador Dinamarca, o un Francisco Aguilera, para no nombrar a otros?

La contribución del Instituto Pedagógico al desarrollo intelectual, político y social de la nación ocupa un sitio de honor en nuestra historia cívica. Al exaltar nuestra profesión al rango de influencia social que desempeña en los países de alta cultura, no ha defraudado a la patria de las esperanzas que ha puesto siempre en ella, elevando el nivel general de la cultura, ejerciendo su acción en todas las esferas de la sociedad, abriendo a la mujer los caminos de la acción en la vida de la comunidad y constituyendo el fiel espejo de nuestros anhelos e ideales de bienestar presente y futuro.

Me ha parecido obra de justicia evocar los ilustres nombres de los maestros de tres generaciones que contribuyeron a cincelar este magnífico friso de servidores de la nacionalidad, orgullo y honra de la patria.

B I B L I O G R A F I A

- DONOSO, RICARDO, Sobre la personalidad de don Alejandro Venegas. *Atenea*, N° 250, abril de 1946.
- HEDERRA, FRANCISCO, Recuerdos de Alejandro Venegas. *Boletín del Instituto Nacional*, N.os 69-70, primero y segundo cuatrimestre de 1962.
- LETÉLIER, VALENTÍN, *El Instituto Pedagógico*. Prólogo de Roberto Muzizaga A. Publicaciones del Instituto Cultural Germano-Chileno. Santiago, 1940.
- MOLINA, ENRIQUE, *Alejandro Venegas*. (Dr. Valdés Cange). *Estudios y recuerdos*. Santiago, Editorial Nascimento, 1939.
- MONTEBRUNO, JULIO, *Don Juan Enrique Schneider*. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 101, julio-diciembre de 1942.
- SILVA CASTRO, RAÚL, *Don Eduardo de la Barra y la pedagogía alemana*. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 101, julio-diciembre de 1942.
- VENEGAS, ALEJANDRO, *Por propias y extrañas tierras*. Prólogo de Armando Donoso. Santiago, Editorial Nascimento, 1942.